

DON VICENTE: MI IMAGEN

FRANCISCO MORALES PADRÓN*

Hablar de las personas amigas que ya no están entre nosotros, es como hablar de nosotros mismos y ello puede constituir un doloroso ejercicio, donde no está ajena la subjetividad. Al mirar hacia el pretérito, la memoria, piadosa siempre, olvida lo negativo y embellece vivencias y situaciones del ayer. Resulta evidente que es mucho más lo que olvidamos que lo que recordamos, y esto, lo recordado, por lo común es grato. O más grato de lo que nos negamos a traer a la memoria. Por eso, no siempre es verdad el verso manriqueño «cualquier tiempo pasado fue mejor». Lo que sucede es que tendemos, gracias a Dios, a prescindir de lo negativo en nuestra memoria y retener lo positivo.

Confieso que rememorar o evocar mis relaciones con don Vicente Rodríguez Casado en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos constituye un acto un tanto irreal. He podido concebir *a priori* muchas cosas en mi vida, pero nunca llegué a imaginar que tendría que hablar o escribir sobre don Vicente no estando él entre nosotros. Íntimamente creíamos que él estaba cuando llegamos y seguiría estando cuando faltásemos nosotros. Si los lugares poseyesen vida espiritual, nuestra Escuela y Universidad estarían en condiciones de contarnos múltiples empeños, afanes, proyectos y realizaciones, con un elenco humano que me hubiera gustado ver reunido en torno a la memoria de un hombre al que más de uno le debía algo.

* VII Curso Universidad de la Rábida (1949). Catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos, Universidad de Sevilla. Director de Focus (Fundación Fondo de Cultura de Sevilla). Este texto forma parte de una intervención más extensa del autor en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos con ocasión del fallecimiento de don Vicente.

Aquellos años: 1947-1958

Le conocí en 1947. Fui su alumno en el curso académico 1947-48, en dos materias: «Historia Universal Moderna y Contemporánea» e «Historia de América en la Edad Moderna». Una América que, para él, constituía ya, fundamentalmente, el Perú. El Perú del virrey Toledo, o el Perú del XVIII, el de Amat. Me concedió dos notables. Las relaciones alumno-profesor o profesor-alumno cobraron un rumbo decisivo cuando a principios de 1949, ante una difícil situación económica mía, me llamó a su despacho de Director de la Escuela y me ofreció generoso una beca que me permitiría vivir en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, conocida por «Casa Seras» allá por la Palmera. Era el primer no graduado que entraba en ella, porque allí sólo vivían postgraduados que realizaban su tesis doctoral. Pasó a ser también el director de mi tesis doctoral, cuyo tema me había sugerido en clase el Dr. Calderón Quijano, quien aún no había accedido a la cátedra.

Don Vicente decidió mi destino porque yo no inicié la especialidad de Historia de América con intenciones de ser un investigador o un docente, sino un diplomático. A partir de enero o febrero de 1949 vivimos bajo el mismo techo durante siete años, tiempo más que suficiente para conocer, amar o despreciar a una persona. La convivencia se prolongó unos años en la nueva residencia construida en el mismo edificio de la Escuela. Durante una década, nuestras relaciones tuvieron como escenarios los ámbitos de la Residencia, la Escuela, la Universidad hispalense y la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida, donde él sería o Director o Decano o Rector. Todo era común en las entidades vinculadas al Consejo Superior, de tal manera que personas y objetos eran trasegados de un organismo a otro.

Aquellos años (1949-58) formativos en mi americanismo fueron y son inolvidables —tal vez por lo indicado *supra*—, aunque no faltaron tensiones, rivalidades, luchas entre el americanismo de Madrid y el sevillano. La Residencia actuaba cual crisol, donde coincidíamos españoles y americanos, unidos ya para siempre por una amistad y similares inquietudes. América era tan familiar en nuestras charlas como la vida nacional española o las incidencias de las oposiciones a cátedra, entonces algo enconadas. Cuando tuve ocasión de viajar al Nuevo Mundo, me fui encontrando en casi todas sus geografías con compañeros de «Casa Seras» y comprendí la trascendencia de la institución, que ampliaba su acción en el Archivo de Indias y en la Escuela o Universidad. Los que habían sido habitantes de la Residen-

cia, incluso sin haber coincidido, al encontrarse en cualquier congreso o reunión internacional, integraban un grupo unido por el recuerdo y experiencias habidas en el mismo escenario sevillano.

Rodríguez Casado era el responsable de las presencias americanas y el eje de nuestras actividades. Con relación a mi persona, había dejado de ser el profesor, pero era el director de tesis y el jefe de la Escuela, donde fui adscrito, primero, a publicaciones y, después, a la Biblioteca junto al Dr. Calderón Quijano. La Biblioteca constituyó mi formidable laboratorio. En Casa Seras concluí mi tesis e inicié otras investigaciones. Llegó un día en el que el chalet-residencia, alquilado, fue sustituido por una Residencia construida en los altos de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Siguieron ciertas costumbres de siempre, como lo era la cena de Navidad y la entrega de regalos de Reyes a cada residente, pero ya no era lo mismo.

Casa Seras era una morada familiar, de forzada convivencia, pues nada en torno nos distraía, salvo la amistad y reuniones en casa de Paco Castillo Baquero. La nueva morada era una residencia, a la que pronto se le incorporó el Club La Rábida, otra acertada idea de Rodríguez Casado que introdujo una actividad socio-cultural desconocida en la ciudad pacata y pueblerina. El cambio definitivo en todos estos ámbitos que la personalidad de don Vicente creaba y dominaba tuvo lugar al marcharse de Madrid. Pienso que fue la política, la gran seductora.

Antes de irse a la capital, él lo era todo; al ausentarse, se produjo una disgregación: la Residencia pasó a dirigirla alguien que no era americanista; la Escuela quedó bajo la autoridad de otra persona, en cuyos objetivos no entraba el Club La Rábida (pronto presa de una organización ajena); y don Vicente se reservó La Rábida, que pronto acusaría las vinculaciones con Madrid. La marcha de don Vicente —y lo que yo denominé el reparto del imperio de Alejandro— coincidió con mi matrimonio y abandono de la Residencia. Don Vicente fue testigo de la ceremonia, celebrada en el monasterio de La Rábida y en el comedor de la Universidad. Lo fue como lo había sido de la lectura de mi tesis y lo sería de mis oposiciones a colaborador científico del Consejo Superior y a cátedra. Ocultar su presencia y esencial protagonismo en todos estos sucesos decisivos de mi vida demostraría por mi parte condición de mal nacido.

Ido a Madrid, los encuentros con don Vicente tenían lugar en la Escuela que visitaba de paso y en La Rábida. Durante varios veranos me encargó le organizara el curso de Historia de América, incrustado en uno más amplio y general nacido en Madrid. Al celebrarse los 25 años de La Rábida me había

alejado de los acontecimientos rabideños, después de haber creado yo el Curso Femenino. Nuestros encuentros fueron ya casuales.

Con visión de futuro

Siempre es sensible evocar a un amigo que acaba de irse porque acarrea dolor e incomodidad. Dolor, porque el que muere no tiene nada más que morir; y el que vive ha de morir más. Incomodidad, al verse obligado a hablar de uno mismo. La captación de la persona y la exposición de sus tareas carecen de suficiente perspectiva. Todo yace tan presente que aún no lo hemos asimilado, resistiéndonos a asumirlo. Dado que en los posteriores años no me fue dado compartir encuentros con don Vicente, mantengo de él la imagen jovial, todo vitalidad, de mi juventud y de la suya.

No voy en estos renglones ni a trazar el perfil psicológico de don Vicente, ni a abocetar su personalidad, aunque me refiera a notas tuyas desde mi experiencia y trato. Lo que voy a hacer, lo que he hecho, me ha costado algún que otro sufrimiento. Así lo vi, y lo viví yo, imagen subjetiva, que no tiene por qué ser exacta, pues como nos recordaba Unamuno, uno es como cree que es, como los demás creen que somos, como quisiéramos ser y como realmente somos. Así es como creo yo que era.

Para una comprensión e interpretación de Vicente Rodríguez Casado en las décadas de los 40 y 50, su etapa de oro, y época de mi relación cotidiana con él, no hemos de perder de vista circunstancias políticas nacionales, internacionales, académico-universitarias y religiosas. Tal vez el orden hubiera que invertirlo. A Rodríguez Casado no se le entiende en toda su dimensión humana sin hacer alusión a su juventud, a su religiosidad, a su poderosa imaginación, a su fabulosa capacidad organizadora, a su condición de célibe y a sus relaciones con diversos personajes señeros de entonces: José María Escrivá de Balaguer, Antonio Ballesteros Beretta, Cayetano Alcázar, José María Albareda, José Ibáñez Martín, Rafael Balbín, Jaime Vicens Vives, Joaquín Ruiz-Jiménez, Alfredo Sánchez Bella, Florentino Pérez Embid... En su quehacer, impetuoso para algunos, entran y salen las personas citadas y otras. No descubro nada nuevo si subrayo la circunstancia apostólica, su condición de miembro del Opus Dei desde muy joven, lo cual explica que, en ocasiones, muchas actividades tuyas queden subordinadas a aquella otra circunstancia. A Vicente Rodríguez Casado no se le comprende —y ello constituye la trascendental nota de su personalidad— sin tener en cuenta esa faceta de su vocación personal.

Cuando le conocí, tenía 30 años y era ya *don Vicente*, en vías de convertirse en *Vicentón*, denominación cariñosa de sus amigos por causa de su volumen. Nosotros, el grupo de la Residencia-Escuela, le llamábamos el «Tecele Gordo» como los indios denominaron al gobernador Velázquez en Cuba. «Tecele» significa jefe. Lo que acabo de escribir me sugiere o sugiere al lector una interrogante: ¿Comía mucho? En la mesa, no. Era una persona normal. Sí recuerdo que al mediodía, al regresar a «Casa Seras», entraba por la cocina y rapiñaba, si las había, croquetas que consumía diciendo: «¡Qué buenas están estas puñetitas!» ¿Imponía?, es otra posible pregunta. Imponía por el físico y si estaba serio. No era recomendable enojarle. La seriedad y el volumen de su humanidad desaparecían al tratarlo y comprobar que eran más llamativas en su caracterología la simpatía y el dinamismo.

Simpatía. Entusiasmo. Alegría. Irradiaba camaradería. Proclive a moverse entre gente joven, a cuya altura se ponía en los cursos rabideños. El haber alcanzado excesivamente joven la cátedra, con 23 ó 24 años, le debió posibilitar una fácil relación con los jóvenes. Aparte de su idiosincrasia. Dinamismo. Actividad. Eficiencia. Capacidad de gestión. Sorprende lo que en tan poco tiempo fundó, levantó y puso en marcha. Con visión de futuro. Le robó ideas y proyecto al porvenir y las hizo presentes: la Escuela, la Residencia, la Universidad rabideña, el Club La Rábida. Y me reduzco a estas realizaciones porque únicamente pretendo tocar lo que viví directamente.

Acercarse al hombre

Me interesa indicar que siendo temperamentalmente como la época de la Historia de España que le atraía —la del Despotismo Ilustrado— no fue un déspota, ni un absolutista minucioso, celoso de controlarlo todo. Confiaba en los colaboradores. Les entregaba la función y los abandonaba a su responsabilidad. Tal lo que comprobé al ponerme al frente del *Anuario de Estudios Americanos*. En su calidad de Presidente del Consejo de Redacción, me nombró, en 1950, Secretario de Redacción. Ya no volvió a ocuparse del tema en tono fiscalizador. Confiaba. Claro que vivíamos bajo el mismo techo y los cambios de impresiones podían darse en cualquier momento. La comunicación en Casa Seras era fácil porque tan sólo vivíamos una docena de personas, sujetos a unos horarios de comida, a la costumbre de una oración en la capilla tras el almuerzo y a unas tertulias en el bello salón-recibidor.

Ser habitadores de la misma vivienda, trabajar pared por medio en la Escuela, coincidir en la Facultad en la que fue Decano, viajar juntos en el viejo *Delage* a La Rábida o a Madrid... Con él conocí el Parador de Manzanares y el de Oropesa, incluido el Monasterio de Guadalupe en uno de esos desplazamientos a Madrid, que ideaba no fuera por la ruta habitual para ver nuevas cosas. Al *Delage*, una institución beige con muchas anécdotas, conducido por Pepe Arias, siguió el negro *Hudson* (?), llevado por Pepe Santa María. Yo no sé las fórmulas que empleaba para agenciarse tales coches. Iba y venía a Madrid con un ritmo y asiduidad propios de los ejecutivos que hoy viajan en rápidos aviones. Semejante convivencia se presta al recuerdo de alguna anécdota o mención de ciertas costumbres que nos acercan al hombre. Ya he dicho algo de ello.

Leía muchas novelas policíacas, una inclinación que no me extraña, compartida por don Manuel Giménez Fernández y por Julián Marías. Yo también he sido un buen lector del género. Por eso iba a la azotea de Casa Seras donde en una habitación llamada «El palomar», había, recuerdo, una virgen del Rocío en cerámica y una gran caja en la que don Vicente arrojaba las novelas leídas, y fuente provisora mía.

No poseía una biblioteca personal. Su habitación, escueta, estaba en el ático y no creo que hubiera espacio para una librería. Y si lo había, él no solía retener los libros que le llegaban o donaban. Los dejaba abandonados por doquier o los remitía a algún sitio. Esto último me lo imagino, porque tampoco me consta. Lo primero, sí; yo poseo *El imperio español*, que le dedicó el investigador alemán Richard Konetzke, uno de los habitantes, durante una larga temporada, de «Casa Seras».

Habitualmente vestía de gris, con corbata casi siempre negra. No me parece que poseyera más de dos trajes. Hubo una época en la que lució una cintita negra en la solapa o un botón negro con cordón para reloj de bolsillo, quizá por la muerte de su padre, un general amigo de Franco. Le gustaba mencionar esta relación y, en ocasiones, citaba, creo, a una hermana; igual que le gustaba contar sus experiencias de refugiado en la Embajada de Chile (?) durante el cerco de Madrid.

Nunca llevaba dinero encima. Invitaba a algo y alguno de los presentes acababa liquidando la cuenta. Cuando hice mis primeras oposiciones a cátedra, que no gané (1954), aunque estuve en un tris de conseguirlo, se personó en el humilde Hotel Zaragoza, de tercera, en la calle de la Princesa y nos invitó para consolarme a una cerveza en la Cervecería Alemana de la cercana plaza de Santa Ana. Allí estaban presentes Manolo Romero y Jorge Chmielewski, mi escudero durante el torneo de la oposición. Llegado el

momento de pagar, tuve que hacerlo yo, el doliente o dolido, pues el anfitrión no portaba un céntimo.

No creo equivocarme al explicar el origen del título de la colección «Mar Adentro». Para mí que fue idea suya. Llegado el momento de ponerle nombre a la colección que él proyectó, convocó un premio entre los habitantes de «Casa Seras» a la mejor propuesta. Estoy seguro que él, tomándolo de los Evangelios, había elegido ya la frase «duc in altum» (mar adentro). Mas no dijo nada y fue Juan Gómez Arjona el ganador porque propuso (?) tal título.

Recuerdo, asimismo, la corrección de pruebas del libro *Las campañas militares del virrey Abascal*, que él dirigió como tesis. Yo estaba entonces adscrito a Publicaciones y me correspondió apechugar con las correcciones y mejoras de idioma del tomo II de *El Consejo de Indias*, por E. Schaefer, escrito en un español teutónico, el tomo III del *Anuario* y las citadas *Campañas*, por Díaz Venteo. Ante mi desesperación por el español no muy correcto del autor, don Vicente tomó las galeradas y casi escribió el libro de nuevo.

La vitalidad que le dominaba y la capacidad de acción le llevaban a impulsos y caprichos que le granjeaban antipatías, cuando no enemigos. Era voluntarioso, igual que era jovial con ribetes infantiles. A Vicente Rodríguez Casado cabe aplicarle lo que Giralt y Raventós escribió de Vicens Vives, su oponente por así decirlo: «Irradiaba una intensa y atrayente camaradería, que no podían perturbar ni ciertas irregularidades temperamentales, ni sus fatigas, ni sus reacciones, a veces desconcertantes, ni aquel aire avasallador con que se le veía entrar, irrumpir, su figura prócer en los claustros universitarios.»

Motor del americanismo sevillano

Dije que fui alumno suyo como estudiante en la especialidad de Historia de América, segunda promoción (1949), pero nada he dicho de sus condiciones docentes. Era brillante y claro. Poseía facilidad de palabra. Sus apuntes pasaban de una a otra promoción y hasta eran usados en clase por algún que otro profesor ayudante. Escuchaba algo, por ejemplo el contenido y la crítica de un libro, y rápidamente lo asimilaba y hacía suyo. Le gustaba más hablar que escribir. Incluso sus postreras obras fueron resultado de charlas.

No fue muy erudito, pese a que el primer tramo de su historia como

investigador lo recorrió por la vía de la investigación americanista: *Los primeros años de dominación española en Luisiana* fue su tesis doctoral y contaba entonces con 23 años. Fijóse posteriormente, e ignoramos quiénes fueron los incitadores o inspiradores, en el reinado de Carlos III, y como especialista de esa época publicó *Política marroquí de Carlos III* (1946) y *La política y los políticos en el reinado de Carlos III* (1962). Radicado en Sevilla, siguió interesándose por la centuria dieciochesca, con especial énfasis en el XVIII americano. Consecuencia de esa atención fueron las tesis que dirigió (O. Gil Munilla, Muñoz Pérez, A. O'Dogherty, Sánchez Pedrote), y las ediciones, a veces en colaboración, de las memorias de los virreyes Amat, Abascal, Pezuela, Rodil... En unión de Pérez Embid, el «amigo más entrañable de sus últimos 32 años», según escribió a raíz de su muerte, publicó *Las construcciones militares del virrey Abascal*. En la década de los 50 había abandonado ya la tarea árida de los archivos. La monografía que tituló *De la monarquía española del barroco* señala una nueva etapa de ensayo e interpretación, que coincide con la fundación de la revista *Estudios Americanos*, calificada precisamente como de ensayo e interpretación.

En todos estos años fue el gran motor del americanismo sevillano. El determinante. La piedra clave. El conformador e inspirador de muchas vocaciones americanistas que, a su vez, engendraron otras. Me produce mucha pena, aunque soy consciente de que así es la vida, comprobar que personas situadas en puestos y responsabilidades de ciertas instituciones ignoran quién fue el hombre que posibilitó su situación, pues él las creó.

Ido a Madrid, la faceta de publicista —se percibe igualmente en el contenido de los cursos rabideños— se aleja del americanismo; vuelve a la Historia de España y Universal de los principios. Le atrae la política nacional y le lleva a cargos políticos. El entorno madrileño se acusa en La Rábida, su amor sureño y en el que ha concentrado toda su atención olvidándose de la Escuela. Publica entonces *Conversaciones de Historia de España* y en Piura (Perú) *Orígenes del capitalismo y del socialismo contemporáneo* (1979). En Piura repite la experiencia docente de La Rábida. Las *Conversaciones* me las remitió el 6 de octubre de 1963 con la siguiente dedicatoria: «A Paco Morales, el viejo amigo canario de la Escuela y de La Rábida, con un fortísimo abrazo de la época de los años mozos de Casa Seras». No olvidaba, no podía olvidar aquellos tres escenarios de la Escuela, de La Rábida y de la Residencia. Yo tampoco los he olvidado nunca. Ni los olvidaré.

Su vida ha terminado cuando comenzaba a contarse y analizarse. Esperemos una reconstrucción histórica con objetividad, que no olvide que en ella los hechos son tan importantes como el espíritu que los animaba. De él

quedan unas instituciones, unos libros, unos alumnos, unos amigos, un aliento trascendente porque anda por encima de los tejados. La verdad es que ahora que lo pienso y lo imagino como era hace una treintena de años, Vicente Rodríguez Casado —mi don Vicente— llegó a todo muy joven, incluso a la muerte, si recordamos cómo era su ánimo.